

rodea! ¡Y cuáles llamas! ¿Es amor? ¿es odio? ¡Envueltos en esos lazos de fuego, espantados por una terrible alternativa de dolores y de alegría, pronto nos volvemos hacia la tierra para refugiarnos de nuevo bajo el humilde velo de nuestra existencia ignorante!

¡Brille pues el sol á mi espalda! La cascada muge en la peña y siempre la contemplo con placer creciente mientras al caer va formando mil ondas y arroja en los aires la espuma sobre la espuma; ¡Pero cómo se encorva con majestad el arco abigarrado de esa eterna tempestad ya en líneas puras, ya convirtiéndose en aire luminoso, y esparciendo en derredor de la cascada un suave estremecimiento de aire agitado! Es la imagen de la vida humana; considera su aspecto y su sentido y comprenderás que nuestra vida también no es sino un reflejo de mil colores.

EXAMEN ANALÍTICO

Después de este prólogo en que el autor acaba de retemplar su héroe en la atmósfera romanesca y mágica del *Sueño de una noche de estío*, ya evocada para el intermedio del sabbat, la acción se transporta en medio de una corte imperial de la edad media. Los personajes que aparecen no tienen otros nombres que los de emperador, canciller, mariscal, etc. El emperador, sentado en medio de sus consejeros, pregunta donde está su bufón. Un paje viene á decirle que el pobre hombre se ha caído al bajar una escalera. ¿Está muerto? ¿Está embriagado? No se sabe. Él no se mueve.

Otro paje anuncia al punto, que otro bufón muy bien vestido acaba de presentarse en su lugar pero que los alabarderos no quieren dejarle entrar. El emperador da una orden y Mefistófeles viene á arrodilarse ante el trono. Se recibe benevolamente su cumplimiento, y ocupa el sitio desu predecesor á la derecha del príncipe.

El consejo se pone á discutir sobre los asuntos del Estado. El canciller habla largo tiempo contra la corrupción del siglo, y pasando revista á las diversas clases de la sociedad, señala en todas un espíritu de inmoralidad y de rebelión, para el cual es preciso buscar algún remedio. Ni aun los mismos jueces, ni los poseedores de los cargos públicos, quedan exceptuados de su censura.

El general se queja de las tropas y de los oficiales que reclaman un atraso de su sueldo y amagan la tranquilidad del país. El tesorero le responde que las cajas están vacías, que nadie se cuida más que de sí mismo y que la riqueza del imperio está agotada por las guerras y las divisiones de los partidos políticos.

El mariscal enumera las provisiones de boca que la corte devora cada día, y se lamenta de la carestía de los comestibles que á porfía se despilfarran. Todos estos consejeros inquietos, y un tanto ásperos, parecen ser los mismos cuyas lamentaciones hemos oído ya en la *noche del sabbat* del primer Fausto; mas como la acción pasa en un mundo vago, es difícil distinguir los fantasmas, de los personajes reales.

El emperador, aturdido con tantas quejas, se vuelve hacia su nuevo bufón, y le pregunta si no tiene también algo de qué quejarse. Mefistófeles se extraña, por el contrario, de las jeremiadas que acaba de escuchar. Comienza por lisonjear al emperador, que todo lo puede, y que no necesita más que soplar para derribar á todos sus enemigos. Con un poco de valor y de buena voluntad, desaparecerán todos estos apuros, y el astro del imperio recobrará todo su brillo.

¡ Eso es muy fácil de decir! murmuran los cortesanos. Pero ¿qué se debe hacer? Los hombres proyectistas todo lo ven factible... ¿Qué es lo que os falta? dijo Mefistófeles. ¿Dinero? Vaya una dificultad. Hasta el suelo del imperio está lleno de él. Oro en bruto hay en las vetas de los montes: oro acuñado en los agujeros de las paredes, en donde lo han escondido los ciudadanos, espantados con largos años de guerras y de revoluciones. No se trata, pues, sino de sacar al sol esas riquezas por medio de las fuerzas dadas al hombre por la naturaleza y por el espíritu.

— ¡ La naturaleza y el espíritu! exclama el canciller: esas palabras no son para dichas á cristianos! Por semejantes palabras, es por lo que se quema á los ateos. La naturaleza es el pecado; el espíritu, es el diablo en persona, y la duda es el fruto de su reunión monstruosa!...

— En eso, dijo Mefistófeles, reconozco vuestra sabia circunspección. ¡ Lo que no tocáis lo creéis á mil leguas de distancia! ¡ Lo que no numeráis, os parece falso! ¡ Lo que no podéis pesar, no tiene ningún peso para vos! ¡ Lo que no sabéis acuñar, lo halláis sin valor alguno!

— Pero, dijo el emperador, ¿ á que tantas palabras? nosotros necesitamos dinero, traédnoslo. Mefistófeles promete todavía los tesoros escondidos debajo de tierra, y es apoyado en sus aserciones por el astrólogo de la corte, que ofrece el auxilio de la adivinación y de los encantos, para descubrir las minas desconocidas y los ocultos tesoros.

Es tan brillante el cuadro que los dos personajes forman de estas rentas imperiales *cobrables*, debajo de tierra, que el soberano quiere ponerse inmediatamente á la obra, y coger el azadón y la pala. El astrólogo observa que el Carnaval va á empezar, y que conviene pasarlo en la alegría. Basta tener fe en el porvenir, y hacer la última ostentación de lujo y de abundancia pública.

— Desde el miércoles de Ceniza, dijo el emperador, principiaremos, pues, nuestros nuevos trabajos. Hasta entonces, vivamos alegremente.

Entonces, resuenan las músicas, el consejo se separa, y Mefistófeles se ríe para sí del modo con que acaba de representar su papel de bufón.

Aquí empieza un intermedio burlesco y satírico, cuyas vagas alusiones son difíciles de fijar, semejándose en

esto al de la primera parte, titulado : *Las bodas de Oro* de Oberón y de Titania.

La escena representa una espaciosa sala rodeada de galerías y adornada para el Carnaval. Allí se estruja una multitud de personajes de todos tiempos, de quienes no puede asegurarse si son máscaras ó fantasmas. Un heraldo está encargado del *recitado* de esta larga escena, en la cual los diversos actores cantan ó disertan según su respectivo papel. Varios jardineros y jardineras, leñadores, pajareros y pescadores forman una especie de baile. Una mujer y su hija buscan al novio : Polichinela se burla de la multitud atrafagada; los comilones se prometen las alegrías del festín, y los coros dominan con sus cantos el tumulto de la asamblea. El heraldo da entrada también á un grupo de poetas didácticos, satíricos y romanceros, algunos de los cuales cantan la noche y las tumbas, y se agolpan alrededor de un vampiro recientemente resucitado para inspirarse con él. El heraldo hace que entre detrás de ellos una comparsa de máscaras, según la mitología griega, compuesta de las Gracias y de las Parcas, que cantan sus diversas funciones humanas y divinas. Los personajes simbólicos el Temor, la Esperanza y la Sabiduría toman parte á su vez en este concierto, en que *Zoilo-Thésito* eleva también su desacorde voz.

Pronto llega Pluto, rodeado de un brillante cortejo, y la multitud maravillada le rodea. El joven que conduce el carro de este dios, siembra á su paso joyas, perlas y pedrería, que recogidas por los concurrentes, se transforman en insectos, mariposas y fuegos fatuos.

Ya se notará que Mefistófeles no es extraño á estos prodigios, el cual representa en un mundo más elevado su papel de físico de la taberna de Auerbach.

Pluto á su vez desciende del carro, y abre un arca,

en la que brilla el oro fundido y medido por copas de bronce. La multitud se amontona ávidamente alrededor de estas nuevas fuentes de prosperidad. Pero Pluto, sumergiendo su cetro en el metal hirviente, rocía con él á la asamblea, que lanza gritos de dolor y de cólera.

Varios faunos, sátiros y ninfas, entonando un coro, conducen al dios Pan, á quien vienen á cumplimentar una multitud de gnomos, y á prometerle los tesoros encerrados en la tierra. Ya se conocerá que el dios Pan no es otro que el Emperador disfrazado. Los gnomos le acompañan á ver los maravillosos tesoros de Pluto; pero, al tiempo de inclinarse para mirar dentro del cofre, se le prende fuego á la barba y al traje que llevaba, y los cortesanos, que se precipitan para extinguir las llamas, se incendian como él. El heraldo, que refiere esta escena al tiempo que sucede, llama al socorro del Emperador y maldice la imprudente comparsa. Mefistófeles, ó tal vez *Fausto*, porque el autor no lo nombra, oculto debajo de los vestidos de Pluto, apaga las llamas, se burla de la asamblea por su espanto, y declara que todo aquello no era más que un juego de magia blanca.

Después de este intermedio, continúa la acción precedente, y la corte, reunida en los jardines, habla de los maravillosos acontecimientos de la fiesta pasada. Aquí vuelve á aparecer Fausto, quien pregunta al Emperador si ha quedado contento de la comparsa. Este último es entusiasta de sus nuevos huéspedes, y aplaude la idea de la diversión, que al principio le había asustado un poco, pero que había concluido con tanta felicidad.

— ¡ En medio de aquellas llamas, me parecía á Pluto! dijo con orgullo, y entre la multitud abrasada, se me figuraba reinar sobre el reino de las salamandras.

Mefistófeles le adula, jurándole que le falta muy poco para reinar efectivamente sobre todos los elementos.

De repente entra el mariscal lleno de alegría anunciando que todo sigue á pedir de boca. El general se presenta también diciendo que las tropas han sido pagadas. El tesorero grita que sus arcas rebosan riquezas. Todo el oro que rodaba y corría en el intermedio, parecía haberse enfriado y condensado en las cajas públicas.

— ¿ Luego eso es un prodigio? dice el Emperador.

— De ningún modo, replica el tesorero. En tanto que esta noche presidiais la fiesta bajo el traje del gran Pan, me ha dicho vuestro tesorero : « Apuesto á que, para hacer la felicidad general, me bastarían unas cuantas plumadas. » En seguida, en lo que quedaba de noche mil artistas, en un soplo, han reproducido algunas palabras escritas de su puño que tan sólo decían : este papel vale *diez*; este otro vale *cien*; este otro *mil*, y así otros muchos. Vuestra firma hállase además en todos esos papeles. Desde ese momento, todo el pueblo se entrega á la alegría, el oro circula por todas partes y el imperio está salvado.

— ¡ Cómo, dijo el Emperador, mis súbditos toman eso por dinero contante ! ¡ El ejército y la corte se contentan con que se les pague así ! Ese es un milagro que no podré admirar bastante.

Mefistófeles que acaba de desempeñar el papel de Law en una corte de la edad media, inspirando estas ideas al canciller, desarrolla aquí la teoría de los *bancos* y del *papel-moneda*; y el Emperador, para reconocer el servicio que el Doctor y él acaban de prestarle, los hace superintendentes de rentas y directores de las minas de todos sus dominios. El bufón aparece de nuevo al fin de esta escena. Se le cuenta todo lo aconte-

tecido, y el Emperador gozoso por volver á verle vivo, lo colma de riquezas *en papel*. El bufón es el solo que no hace gran caso de estos billetes de banco y quiere hacerlos servir en algún uso inferior. Se rien de él y lo dejan solo con Mefistófeles, que le jura que aquel papel vale oro.

— Mas, dice el bufón, ¿ me lo cambiarán por oro ?

— Sin duda, al instante, dice Mefistófeles.

— Voy á cambiarlo, contesta el bufón. Pero con el oro ¿ puedo adquirir, como antes, una tierra, una casa, un bosque alrededor de ella ?

— Sin duda alguna.

— Voy al momento á cambiar el papel por el oro, y el oro por la casa y la tierra. Desde esta tarde viviré tranquilo en mi propiedad.

— ¡ No es tan loco ! dijo Mefistófeles para sí, saliendo de la escena. ¡ No es tan loco !

En todas estas escenas episódicas ha estado Fausto casi olvidado enteramente. En la siguiente vuelve á aparecer con sus deseos, su actividad y sus poéticas aspiraciones de la primera parte : por eso vamos á trasladarla enteramente.

Una galería oscura.

FAUSTO, MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES. ¿ Porque me traes á ese sitio tan retirado ? Ningún placer se puede gozar aquí ; es preciso que nos volvamos á esa pintarrajeada multitud de la corte en donde nuestra magia blanca obtiene un éxito tan brillante.

FAUSTO. No me hables así : de todo eso has disfrutado á tu gusto en tu vejez : á pesar de ello, tu modo de

obrar actual sólo tiende á faltarme á la palabra. Yo, por el contrario, estoy atormentado : el mariscal y el gentil-hombre me apuran ; el Emperador quiere que eso se haga inmediatamente... Quiere ver á Elena y á París, el modelo de los hombres y el de las mujeres, quiere verlos en figura humana. Pronto, pues, á la obra ; yo no puedo faltar á mi palabra.

MEFISTÓFELES. Tu ligereza para prometer es imprudente.

FAUSTO. No has reflexionado, compañero, hasta donde pueden conducirnos nuestros artificios. Hemos empezado por hacerle rico, ahora quiere que le divertamos.

MEFISTÓFELES. ¡ Crees que todo se hace tan pronto !... Aquí vamos á tocar mayores dificultades : vas á poner la mano sobre un dominio extranjero, y crearte inconsideradamente obligaciones nuevas. Tú cuentas con evocar tan fácilmente á Elena como al fantasma del papel-moneda, con brujerías, con fantasmagorías poéticas... Fácilmente llamo á mi servicio á las hechiceras, á los enanos y á los monstruos, pero semejantes héroes no sirven para los amorcillos del diablo.

FAUSTO. Siempre con tus salidas. Contigo se encuentra uno en una continua incertidumbre, eres el padre de los obstáculos y por cada remedio pides una retribución particular. No obstante, esto concluye por hacerse con un poco de murmuración, lo sé ; pero apenas se piensa en una cosa, cuando ya la presentas.

MEFISTÓFELES. El pueblo de las sombras paganas está fuera de mi esfera de actividad. Habita un infierno á parte : sin embargo existe un medio.

FAUSTO. Habla sin tardanza

MEFISTÓFELES. Voy á descubrirte con sentimiento uno de los más grandes misterios. Hay unas diosas

poderosas que imperan en la soledad. En derredor de ellas, no existe ni el lugar, ni menos aún el tiempo. Se siente uno commovido sólo con hablar de ellas. Estas son *las Madres*.

FAUSTO, *asustado*. ¡ Las Madres !

MEFISTÓFELES. ¿ Te extraña esta palabra ?

FAUSTO. ¡ Las Madres ! ¡ las Madres ! ¡ Me suena esto de una manera tan rara !...

MEFISTÓFELES. Y así es. Diosas desconocidas á vosotros los mortales, y cuyo nombre aun á nosotros nos cuesta trabajo pronunciar. Es preciso ir á buscar su mansión en las profundidades del vacío. Y sólo por tu culpa las necesitamos ahora.

FAUSTO. ¿Cuál es el camino ?

MEFISTÓFELES. No lo hay. Al través de sendas no pisadas todavía, y que no pueden pisarse... un camino hacia lo inaccesible, hacia lo impenetrable... ¿Estás pronto? No hay en él ni cerradura, ni cerrojo que forzar ; serás lanzado entre las soledades

— ¿ Tienes idea del vacío y de la soledad ?

FAUSTO. Semejantes discursos son inútiles : eso me recuerda la caverna de la hechicera, y lleva mi pensamiento á un tiempo que ya no existe. En los años en que he tenido roce con el mundo, ¿ no he debido aprender la definición del vacío y también darla ? Si hablaba racionalmente y según mi pensamiento, la contradicción era aún más fuerte. ¿ No he debido buscar la soledad y el desierto para combatir estas absurdas resistencias y para poder vivir solo, á mi gusto, sin que me olvidaran enteramente ? ¿ abandonarme por fin á la compañía del diablo ?

MEFISTÓFELES. Si atravesaras el Océano, perdido en su horizonte sin costas, verías al menos suceder la oleada á la oleada, y aun sobrecogido por el espanto

del abismo, algo percibirías todavía. Verías los del-fines que hienden las olas verdes y silenciosas, verías las nubes que se condensan, y el sol, la luna y las estrellas que giran lentamente. Pero en el vacío eterno de estas profundidades, no verás nada, no oirás tus pisadas, ni encontrarás nada sólido en que poder descansar un solo instante.

FAUSTO. Hablas ni más ni menos como el primero de los mistagogos que hayan engañado neófitos fervientes. Mas te equivocas. Tú me envías al vacío, á fin de que aumente en él mi arte, como también mis fuerzas : me tratas como á aquel gato que se le hacía sacar las castañas de las ascuas. ¡No importa ! Quiero profundizar todo eso, y en tu nada espero yo encontrar el gran todo.

MEFISTÓFELES. Te hago justicia antes de que te alejes de mí; bien veo que conoces al diablo. Toma esta llave.

FAUSTO. ¿Este pequeño objeto ?

MEFISTÓFELES. Tócala y apreciarás lo que vale.

FAUSTO. ¡Crece en mi mano ! ; se inflama, alumbra !

MEFISTÓFELES. ¿Concibes lo que se posee con ella ? Esta llave percibirá por tí el lugar que tú buscas. Déjate guiar por ella, y llegarás junto á las Madres.

FAUSTO *estremeciéndose*. ¡Las Madres ! Este nombre me conmueve siempre como una chispa eléctrica. ¿Que palabra es esta que yo no puedo comprender ?

MEFISTÓFELES. ¿Es tan limitado tu espíritu, que una palabra nueva te confunde ? ¿no quieres oír nunca otra cosa que lo que tienes oído ? Tú estás, sin embargo, bastante acostumbrado á los prodigios, para que no te extrañes de lo que te pueda decir *más allá de tu comprensión*.

FAUSTO. No trato de ayudarme con la indiferencia ; la

mejor parte del hombre es la que se estremece y vibra en él. Por muy caro que el mundo le venda el derecho de sentir, necesita conmoverse y sentir profundamente la *inmensidad*.

MEFISTÓFELES. ¡Desciende pues ! Lo mismo pudiera decir sube, porque es igual. Sustráete á lo que existe, lanzándote á las vagas regiones de las imágenes. Regocijate con el espectáculo del mundo, que hace mucho tiempo que no es. El movimiento de la tierra lleva tras sí las nubes : agita la llave y llévala separada del cuerpo.

FAUSTO, *transportado*. ¡Dios ! al estrecharla cobro nuevas fuerzas, y con esta grande empresa ya mi pecho se ensancha.

MEFISTÓFELES. Unas trébedes candentes te harán conocer que has llegado á la más profunda profundidad. Á los resplandores que proyecten verás las Madres, unas sentadas, otras yendo y viniendo, como sucede. Forma, transformación, eterna distracción del espíritu eterno, rodeado de las imágenes de todas las cosas creadas. Ellas no te verán, porque no ven sino los seres que no han nacido. Allá nada de debilidad porque será grande el peligro. Ve directamente al lugar en que hallarás las trébedes, y tócalas con la llave.

(Fausto levanta la llave con actitud de resolución.)

MEFISTÓFELES *animándole*. ¡Bien ! Las trébedes te se unirán y te seguirán como esclavas. Subes tranquilamente, la dicha te eleva, y antes que las Madres te vean, te encontrarás de vuelta con las trébedes ; y una vez que las hayas dejado en el suelo, podrás evocar de la noche eterna héroes y heroínas, tú, el primero que se ha atrevido á eso. Lo conseguirás, y por tí solo, y

durante la operación mágica, verás transformarse en Dios los vapores del incienso.

FAUSTO. ¿Y que se debe hacer ahora?

MEFISTÓFELES. Ahora, que todo tu ser tienda hacia abajo; patalea para descender; ya patalearás para subir.

Fausto patalea en el suelo y desaparece.

MEFISTÓFELES. ¡Que su llave le conduzca á buen fin!
¡Tengo curiosidad en saber si volverá!

(Una sala del palacio.)

Fausto ha desaparecido en el abismo del vacío. Mefistófeles, que acaba de darle los medios de hacer animosamente su tentativa, vuelve á ver el Emperador, que, en una sala ricamente iluminada, espera el resultado de esta fantasmagoría. El chambelán da parte á Mefistófeles de la impaciencia del soberano. Reducido á un papel secundario, el diablo parece encargado aquí de entretener el tiempo mientras vuelve el ilustre mágico. Se le abruma con preguntas y con súplicas; se le piden los secretos de la física, de la medicina, y hasta del tocador. Una joven rubia se lamenta de las manchas que alteran la blancura de su cutis durante el verano. Mefistófeles le receta un unguento de freza de rana y de lenguas de sapo. Una morena enseña lastimosamente su pie, herido de un reumatismo, que no puede bailar ni correr. El diablo no hace más que aplicar su pie ahorquillado sobre el pie de la bella, cuando ésta huye gritando pero curada. No sabiendo ya á quien escuchar, el diablo desaparece muy pronto de entre esta barahunda.

El Emperador continúa esperando sentado en la sala de las caballeros: el heraldo manifiesta los votos de

la asamblea, preparada para presenciar las más extrañas apariciones.

El astrólogo, que hasta entonces ha estado sondando el espacio con sus ojos y con su pensamiento, anuncia en fin lo que divisa su perspicacia sobrenatural.

En el vacío.

FAUSTO, *en un tono solemne*. ¡Yo invoco vuestro nombre, ó Madres, que reináis en el espacio sin límites, eternamente solitarias, pero sociales, con la cabeza rodeada por las imágenes de la vida activa, pero sin vida! Lo que una vez ha sido, se mueve allá abajo en su apariencia y su esplendor, porque todo lo creado se esconde cuanto puede de la nada: y vosotras, fuerzas poderosísimas, vosotras sabéis repartirlo todo para la tienda de los días y la bóveda de las noches. Unas van arrebatadas en el curso dichoso de la vida: el encantador atrevido se apodera de las otras, y confiado en su arte, prodiga noblemente los milagros á la maravillada multitud.

EL ASTRÓLOGO, *en el teatro*. — Apenas toca el vaso de las trébedes la llave ardiente, cuando un vapor espeso que aquel exhala llena el espacio, rueda, se divide, se disipa y amontona sucesivamente los copos nebulosos. Y escuchad ahora el sublime coro de los espíritus; su paso difunde la armonía alrededor de ellos, y sus aéreos sonidos exhalan algo inexplicable. Los sonidos que se alejan se desarrollan en melodías; resuenan la columnata y el triglifo y parece que todo el templo canta. El vapor se baja: del seno de sus más ligeras nubes, se adelanta un bello joven, cuyos movimientos tienen todo el compás de la armonía. Aquí se acaba mi tarea, no tengo necesidad de nombrarlo... ¿quién no reconoce al gracioso Paris?